

CAPÍTULO PRIMERO

EL RACISMO EN EL TIEMPO DE LA CRISIS, EL POPULISMO Y LAS REDES SOCIALES

EL HUEVO DE LA SERPIENTE

Estamos en una habitación vacía. Entra alguien que no conocemos, un extraño. Al observarlo podemos adoptar una actitud de curiosidad o indiferencia, interés o desprecio. También podemos sentir aprensión, miedo o asco ante su presencia, que nos puede resultar agradable o molestarnos. Lo fundamental es que, desde ese momento, compartimos la habitación con él y debemos adaptar nuestro comportamiento a su inevitable existencia en nuestra vida.

Si nuestra relación con el «extraño» se convierte en amistad, cariño o incluso amor, significa que lo admitimos y aceptamos, que iniciamos una vida en común. Pero esto no es lo habitual. Generalmente, entablamos con él una relación social o profesional que nos llevará a acuerdos concretos en el trabajo o en los espacios compartidos. Es decir, toleraremos su existencia, ya que es inevitable, o incluso acogeremos sus opiniones con interés o simple condescendencia.

Pero también es habitual que ciertas características, actitudes o comportamientos del extraño no nos gusten. Entonces co-

mienza un camino de aprensión, prevención y rechazo que puede llegar al asco ante su forma de vida o incluso al deseo agresivo de reprimir su comportamiento, que nos resulta negativo. Ese sería el comienzo de un pensamiento xenófobo.

Esta explicación de la relación con el «otro» es la habitual de los libros que tratan la alteridad, la relación con el «otro», que explican los fenómenos de la xenofobia y el racismo desde el punto de vista de determinadas escuelas de la filosofía o la antropología. Una explicación lógica y coherente basada en el mito individualista que sustenta nuestra sociedad, que cuenta con una novela fundacional magnífica, *Robinson Crusoe*, y que el filósofo Sartre expresaba de forma angustiada: «el infierno son los otros». Pero es una verdad a medias.

Debemos invertir la historia que estábamos contando. La realidad es que nunca estamos solos sino que pertenecemos a un grupo. Nuestra habitación no está vacía sino bien amueblada. Se encuentra llena de objetos y símbolos, recuerdos del pasado y proyectos de futuro, ideas y prejuicios. Es el bagaje que nos ha aportado la sociedad que nos ha educado y que ha conformado nuestra personalidad. Nuestra visión del «otro» siempre parte de una conciencia de «nosotros» previa, aunque la relación que entablemos con él, ciertamente, sea personal.

Tanto si recibimos al extraño como si vamos a su territorio, llevaremos nuestra habitación en la cabeza, adaptaremos cualquier situación y relación que tengamos con el «otro» a esa imagen previa. Y lo definiremos siempre con respecto a ella, aceptándolo, tolerándolo o rechazándolo.

Pero ¿es tan extraño el extraño?

El contacto con la alteridad no es algo exterior a nuestra vida sino interior y constante en nuestras sociedades. Vivimos en relación con personas de otro sexo, de otra edad, de otra clase social, y debemos convivir y relacionarnos con personas de nuestra misma condición con las que pactamos o competimos, a las que

amamos u odiamos. Interpretamos la relación con «ellos» en razón de la única fuente de conocimiento válida, nosotros mismos. Los situamos siempre respecto a nuestra situación, nuestra forma de pensar, nuestra actitud moral.

Desde pequeños se nos ha enseñado a relacionarnos y a mantener unas fronteras determinadas con otros compañeros y con los adultos, con otro sexo y personas que no son de nuestra clase social. También se nos ha enseñado que existen «extraños», personas exteriores a nuestra sociedad. Los elementos fundamentales de lo que es un «extraño» están determinados ya por la educación que hemos recibido. Y ese «extraño» no tiene por qué estar únicamente en un lugar lejano y exótico, puede encontrarse viviendo en la puerta de al lado de nuestra casa. Puede que haya venido o puede que habite allí desde siempre, pero es un «extraño» a nuestro grupo por alguna razón que lo sitúa fuera de nuestra sociedad. Además, cuenta con unas características «propias» de su grupo, según hemos aprendido, que lo identifican aunque no lo conozcamos. Y que lo marcan cuando lo conocemos.

Cuando existe esta frontera, invisible pero presente, constante aunque tengamos relaciones cotidianas con esta persona, ha comenzado un camino que nos lleva al diferencialismo. Esta persona es y será siempre «distinta» aunque se comporte de forma exactamente igual a la nuestra. Su manera de actuar o sus opiniones siempre las pondremos en relación, las cotejaremos y analizaremos con esa idea previa que nos hemos fabricado. Lo fundamental es que consideramos a esta persona diferente y la asociamos con un arquetipo que la define dentro de un grupo.

Si la idea que nos hacemos de esta persona es negativa, este camino nos puede estar introduciendo en la *xenofobia*, es decir, la antipatía y el rechazo por un comportamiento que consideramos supuestamente «extraño» y enemigo del nuestro, un comportamiento que pone en peligro nuestra sociedad y nuestra forma de vida.

La xenofobia es una frontera móvil ya que puede diluirse ante el conocimiento personal, la aceptación por parte del extraño de «nuestras» costumbres o la admisión de esas costumbres suyas «extrañas» llegando a ser tan normales como si fueran las nuestras. No es un proceso fácil y lleva mucho tiempo borrar la frontera que se había establecido previamente. Siempre puede quedar una línea invisible y peligrosamente presente en todo momento.

El *racismo* es un paso superior en la segregación de personas y grupos. No solo unifica al grupo en un conjunto extraño y peligroso sino que considera imposible que adapte su actitud y comportamiento respecto a nuestra sociedad, y antinatural que «nosotros» cambiemos para adaptarnos en una convivencia con ellos. Tanto si se atribuye esta inmovilidad a causas genéticas como culturales, el *racismo* considera que estas características negativas se heredan sin posibilidad de evolución ni mejora. Incluso apunta que puede existir una conspiración por parte de «ellos» para acabar con lo «nuestro».

¿Y «ellos» realmente existen?

Todos son uno en el mal (Jaime Bleda, *Defensio fidei*, 1609).

La humanidad camina fabricando imágenes positivas y negativas de la realidad que la envuelve, construcciones culturales que le sirven para unificarse empáticamente en colectivos que dan sentido a su vida y su actuación mediante estos mitos. Cuando estas construcciones manifiestan un deseo de cambio de la realidad social de signo positivo, las llamamos utopías. Cuando reflejan deseos incomprensibles o no aceptados, las definimos como quimeras. Cuando reflejan los temores del grupo concretados en visiones negativas del mundo, constituyen las distopías.

Las utopías tienen su caverna: detrás de cada paraíso, de cada utopía, de cada horizonte feliz y futuro se encuentra un infierno; las ideologías que prometen la felicidad han traído holocaustos y gulags, las ideologías que prometen un *hombre* nuevo han acabado destruyendo a muchos hombres normales que no cumplen ese ideal soñado.

Frente a construcciones culturales positivas como humanidad, civilidad o racionalidad se alzan sus oponentes de pesadilla: salvajismo, barbarie o irracionalidad. Las personas y colectivos a los que se atribuyen estas imágenes negativas son personas y colectivos humanos que se convierten en peligrosos y deben ser controlados o perseguidos. Algunos de ellos se encuentran en lugares lejanos, pero otros se hallan dentro mismo de las sociedades civilizadas y se les atribuye el objetivo de contaminarlas y destruirlas.

Nos encontramos con un «nosotros» y un «ellos» que se reconstituyen continuamente en razón de las crisis internas de los grupos humanos, con fronteras del grupo que necesita inventarse «otros» para afirmar la «identidad» del colectivo. La constatación de los «otros» es simplemente la afirmación o negación de características propias con las que se está en disputa. Por motivos que estudiaremos, estas propiedades se sitúan fuera del grupo y se colocan en «otros» grupos cercanos o lejanos. En un momento determinado, estas características se convierten en hereditarias y se transforman en lacras de las que el colectivo discriminado o excluido no puede librarse.

La xenofobia y el racismo son construcciones humanas. Todos estos «inventos» han requerido la intervención de dirigentes e intelectuales de esas sociedades que han construido teorías religiosas, filosóficas y, posteriormente, seudocientíficas para justificar esta discriminación, explotación y eliminación de personas y colectivos humanos. Vamos a contar cómo se ha desarrollado esta lucha obsesiva contra estos supuestos enemigos, la infelicidad y los cientos de miles de víctimas que han provocado. Ni la

xenofobia ni el racismo son fenómenos «geológicos» atribuibles a crisis externas o a esa supuesta manía de los «diferentes» en existir como tales. Esto sería plantear el tema como un problema creado por la presencia de ellos cuando es un problema creado a pesar de ellos. En el proceso de xenofobia siempre hay personas concretas con intereses determinados que han puesto los huevos de la serpiente de los procesos excluyentes posteriores. Cuando las crisis han llegado, los argumentos ya estaban preparados. Después viene la focalización, la histeria y la persecución de los diferentes.

Trataremos en este libro de la racialización de grupos y colectivos por estos intereses previos, del etnocidio —represión de formas culturales y de los grupos que las representan— y del genocidio —exterminación de un grupo por su pertenencia, real o inventada en la mayoría si no todos los casos, a un genos común—, pero no estudiaremos el ideocidio —represión de ideas ajenas— a menos, caso muy frecuente, que se encuentre en relación con las racializaciones anteriores. La marginación o represión por cuestiones de clase o género serán tratadas igualmente en relación con la exclusión de grupos por su origen.

Esta no es una historia de heterodoxos, proscritos o marginados, sino de los grupos que son colocados y unificados bajo estas etiquetas por razones externas y a los que se atribuye/inventa una voluntad propia, siempre consustancial y casi siempre hereditaria, de permanecer fuera del orden de la sociedad normal. Inclusive, este libro pretende también ser una crítica a los que caen en la trampa de la exclusión contribuyendo al estudio y conformación de unidades de estudio con los «diferentes» (mediante el análisis y clasificación de sus supuestas diferencias) y la búsqueda del supuesto «problema» que tienen o provocan.

Los grupos humanos —problematizados— no tienen un problema. Se les busca un problema (el «problema» lo tienen los grupos que necesitan encontrar un problema en el otro grupo inventado, y esa crisis suya —de identidad generalmente o de constitu-

ción de una identidad inventada— es lo que se debe estudiar). Caer en la disputa sobre el «problema» que plantean o no plantean los grupos problematizados es ya caer en la trampa de los que desean encontrar un «problema» (aun negándolo) en esos grupos.

La xenofobia y el racismo tienen desgraciadamente la ventaja de ofrecer soluciones fáciles y comprensibles a los problemas. Detrás de todas esas conversaciones unificadoras tan habituales: «los alemanes son...», «los catalanes son...», «los andaluces son...», «nosotros somos...», se esconden las raíces de la xenofobia.

Una de las mayores indefensiones para luchar contra el racismo y la xenofobia es pensar que se trata de un fenómeno de personas incultas, poco informadas, que no viajan... El racismo es un fenómeno culto —aunque tenga manifestaciones «populares»— y apoyado por teorías absolutamente «académicas» y seudocientíficas, extendido entre las clases altas «amablemente» como justificación de su preponderancia y su explotación.

Raza es racialización

La separación del otro responde a un presupuesto previo, el otro se presenta como alteración desde la definición original de «raza» y por tanto de «racismo».

Raza en el diccionario de Cobarruvias (1607) está relacionada con un origen textil cuando la define como:

Raza en el paño, la hilaza que se diferencia de los demás hilos de la trama. Parece haberse dicho cuasi *reaza*, porque en lengua toscana, vale hilo y la raza en el sobrepuesto desigual. Raza en los linajes se toma en mala parte, como tener alguna raza de moro o judío.

Por lo tanto, la evolución semántica de «raza» muestra el origen negativo del término y su relación con «estigma». Podríamos

decir con Goffman que las personas «racializadas» portan un «estigma», algo que como en el caso del hilo malo las separa de la pureza original del paño verdadero.

Y esos estigmas pueden ser contaminantes y contagiosos, agitan nuestros miedos, nos prohíben el contacto. La focalización de estos temores en un grupo concreto nos lleva a darle una narrativa a nuestros pánicos más profundos. Para protegernos, centramos la atención sobre «ellos», nos centramos en las particularidades reales —o inventadas— que los diferencian, que percibimos como diferentes —extrañas o insoportables— fundamentalmente de tipo físico como aspecto, olor y color, por lo que los sentidos cobran el papel de guías y controladores, de aviso, en estos casos. Los sentidos nos señalan la frontera pero al mismo tiempo nos consuelan de que «los otros» son «diferentes» y pueden ser distinguidos. En el caso de las diferencias culturales no visibles —pensamientos y ritos que practican en comunidad— el miedo y la prevención son mayores, los fantasmas se disparan. Los judíos asimilados eran mucho más peligrosos que los ancianos con rizos del gueto, mucho más contaminantes, ya que no había una frontera clara y distinguible para encerrarlos o eludirlos.

El problema fundamental de Hitler surge en una Viena donde él tiene que imaginar quiénes son los judíos que lo aterrorizaban desde su niñez. Hitler escribe angustiado en «Mi lucha»: «Viena se me aparecía bajo una luz diferente a la que conocía. Allí donde fuese, solo veía judíos, y cuanto más los observaba, más se diferenciaban de las otras personas hasta que comencé progresivamente a odiarlos». Hitler se dedicaba, en el parque, a observar a las parejas de jóvenes rubias enamoradas acompañadas de «morenos» que suponía judíos, y se horrorizaba al ver que se «manoseaban».

Esta no es una historia de buenos y malos, ni mucho menos de pueblos víctimas y pueblos verdugos. Incluso veremos, a ve-

ces, que los papeles se cambian entre las víctimas y los verdugos. A lo largo de estos capítulos intentamos mostrar cómo ciertos sistemas —cuya existencia depende de la explotación, exclusión o exterminio de otros seres— pervierten a los humanos haciéndoles mostrar lo peor de sí mismos.

Hemos intentado no hacer una historia de la larga y dramática lista de los estallidos represivos de la xenofobia y el racismo. Nuestro trabajo se ha dirigido más a desentrañar las causas que explican tanto esos estallidos como el racismo cotidiano, y centrarnos en algunos casos significativos que aclaran a veces mucho más que una larga explicación pormenorizada.

EL RACISMO Y LA XENOFOBIA HOY

Desde los *Auténticos Finlandeses* a la búsqueda de las raíces en los nacionalismos mediterráneos, desde el despertar de la *Aurora Griega* a la excelente posición de Marine Le Pen en las elecciones francesas, un nuevo fantasma recorre Europa. El nacionalismo excluyente. Esta transversal —que enfrenta lo nacional con lo extranjero, el natural con el migrante, lo «auténtico» con lo «importado», las costumbres locales y las exóticas con un gran componente islamóforo—, cuenta además con una fractura nortesur que parte el continente.

Si nos atenemos a los datos concretos, a los estallidos en los barrios marginales y a los atentados a migrantes, estamos en un momento de auténtica explosión xenófoba y racista. Algunos de los partidos conservadores europeos han aumentado sus votantes en los últimos años gracias a manifestaciones xenófobas y a propuestas excluyentes con la excusa del «control a la inmigración». Ahora, esos mismos partidos gobiernan en casi toda Europa, son los gestores de la crisis y, lo que es más grave, se disputan el espacio de la derecha con los grupos situados en posiciones aún más

radicales, en sus posturas antimusulmanas y antimigración. En diversos países —Austria, Dinamarca, Holanda— ya ha habido gobiernos de coalición o con apoyo parlamentario de los partidos xenófobos.

Los medios de comunicación que apoyan estos movimientos, y sus «periodistas estrella» no disimulan su triunfo sobre los ridículos partidarios de lo «políticamente correcto». Estos medios son los culpables de que las encuestas de opinión hayan autorizado las opiniones xenófobas y racistas en los últimos tiempos. En diez años se han doblado las respuestas racistas sin paliativos llegando a una media que oscila entre el 15 y el 20 por 100 en toda Europa. Incluso nos encontramos con la situación paradójica de votantes de partidos ultraderechistas que son mucho más agresivos que sus propios políticos, de lenguaje mucho más conciliador aparentemente, como es el caso del partido antieuropeo inglés British National Party (Ford, 2012).

Por su parte, ciertos grupos de los movimientos antiglobalización se han convertido en antieuropeístas produciendo manifestaciones que rozan la xenofobia contra otros países e incluso contra la emigración. Los nacionalismos «reactivos» se han renovado en todos los países (Bélgica, Escocia, Italia del Norte, Cataluña, País Vasco) con un aumento de los votantes partidarios de la separación y con discursos que reúnen elementos complejos: antieuropeísmo, xenofobia contra el estado opresor correspondiente y contra sus aliados internos traidores, desconfianza y prevención respecto de la migración interna y externa...

El panorama es desolador y la explicación fácil es atribuirlo a la crisis económica en que vivimos, que ha despertado de nuevo los miedos y los fantasmas de los europeos.

Se han producido los dos fenómenos habituales históricamente en estas crisis económicas: un desprestigio de la clase po-

lítica que se encuentra en el poder y un ataque al poder financiero que la ha provocado. Todo esto unido a un antiparlamentarismo creciente.

Sin embargo, no nos engañemos, hay diferencias evidentes. En primer lugar, afortunadamente, el odio contra los «financieros» no se ha racializado como en los años treinta. Es decir, la clase financiera no ha podido esta vez desviar la atención sobre un grupo concreto étnico al que poder acusar de la crisis. Por su parte, los políticos han reaccionado con estrategias contradictorias: la deriva normal en las crisis económicas hacia propuestas «utópicas» del nacionalismo autárquico coincide esta vez con la manifestación de impotencia de esos mismos políticos que se excusan diciendo que actúan «por órdenes superiores», lo que ha provocado el aumento de la xenofobia antieuropea. Es probable, como indican Cohn Bendit y Verhofstadt (2012), que nos encontremos en un impasse que provoca todos los demonios y algunas esperanzas: los estados nación europeos ya no funcionan de forma operativa autónoma —siguen instrucciones de Bruselas— pero no hay una real autoridad superior elegida por el pueblo sino un fantasma sin legitimidad —la Comisión europea. Al no marchar hacia adelante, por inoperancia de las clases políticas, los ciudadanos buscan salidas desde la añoranza a la indignación, algunas empáticas y otras ciertamente xenófobas. A diferencia de la gran crisis del 29, no hay partidos que cuestionen directamente el parlamentarismo proponiendo soluciones totalitarias. Pero la normal renovación de la clase política que pide unánimemente la opinión puede tener salidas inéditas, y entre otras podría ser la toma del poder por nuevos jóvenes lobos de «lo nuestro» como sucedió en los años treinta.

Analícemos este panorama pero comencemos por América, donde se iniciaron movimientos que los partidos excluyentes europeos han imitado.

EL TERROR DE LA AMÉRICA BLANCA:
ELEMENTOS POLÍTICOS CONSTITUTIVOS DEL TEA PARTY

Se ha destacado mucho el aspecto populista del movimiento Tea Party contra el elitismo de la política de Washington, su denuncia de la conexión del gobierno con los financieros de Wall Street o su desprecio por los asesores universitarios de Harvard que no respetan el «corazón de América». Se ha fotografiado mucho, en sus multitudinarias reuniones de esa «América profunda», a sus participantes con sus armas y sus disfraces de carnaval o fiesta de escuela, esa parte folclórica relacionada con la América original, la de los padres fundadores y la revuelta famosa contra los impuestos del té en la ciudad de Boston que da nombre al movimiento.

Se ha obviado su relación con el poderoso grupo audiovisual de la cadena Murdoch —cuyos televidentes están convencidos al 70 por 100 de que Obama es musulmán—, las importantes subvenciones que recibe la Fundación impulsora, *Americans for Prosperity* —con la participación de los multimillonarios hermanos Koch, tercera fortuna de América— y por parte de sus supuestos enemigos, los financieros de Wall Street y los Think Thank de Washington. El movimiento Tea Party es confuso, y une desde ácratas liberales, autogestionarios radicales, individualistas contrarios a la «América de la subvención», miembros de la asociación del rifle, supremacistas blancos, y sobre todo políticos oportunistas con deseos de ascender rápidamente en el partido republicano.

Lo fundamental es que todos estos participantes envuelven sus discursos con una parafernalia de defensa de «lo nuestro» —que incluye desde el fin de las subvenciones a la libertad absoluta en la compra de armas, desde la auténtica receta de la tarta de manzana hasta propuestas casi cercanas al trueque que propo-

nen acabar con el dólar de la banca federal. Ese «nosotros» profundamente americano que se encuentra en peligro por una conspiración que une a todos los países que odian la gran América —ahora los árabes y los chinos superan en odio a los rusos— aliados supuestamente para estos paranoicos con la clase política internacional de Washington para acabar con la auténtica América. Es la agresión del cosmopolitismo.

En realidad el movimiento Tea Party ha fracasado estrepitosamente al causar una situación de caos en el partido republicano, por su extremismo, con una deriva irresponsable del candidato Mitt Romney que ha provocado la desafección de los moderados y la concentración del voto de las minorías en el candidato demócrata. Sin embargo, las consecuencias han sido gravísimas en la sociedad norteamericana ya que ha sido la elección con el voto más racializado de la historia de los Estados Unidos. El sufragio ha dividido el país en dos Américas, inclinándose por el candidato republicano la mayor parte del voto blanco —de los llamados «caucásicos» según el eufemismo norteamericano— mientras el voto étnico de las minorías —negros e hispanos— ha decidido la nueva victoria de Obama.

¿Y qué tiene que ver ese movimiento con los fenómenos que están sucediendo en Europa después de desencadenarse la crisis?

LA NECESIDAD DE DEFENDER «LO NUESTRO»

Los conservadores aprendieron mucho del primer movimiento conservador norteamericano que llevó al poder a George Bush en 2001: un cóctel de propuestas neoliberales, orgullo nacional y rebaja de impuestos, adobado con unos medios de comunicación llenos de periodistas agresivos contra las elites de Washington que incluía incluso a los republicanos moderados partidarios de «lo políticamente correcto».

Este es el peligro. Que estos medios dan voz a personas y grupos que van más allá de los políticos conservadores y abren la puerta a los extremistas que sueñan con la revolución conservadora. El Tea Party fue el hijo de estos medios de comunicación y donde sus líderes se convirtieron en populares.

En Europa se está viviendo un fenómeno parecido y también han sufrido la deriva populista, animada igualmente por los medios de comunicación, y se encuentran ahora ante la alternativa de una ultraderecha xenófoba cada vez más potente y cada vez más exigente como aliada. Al principio, la operación fue exitosa y controlada. El final de los noventa y comienzos del siglo XXI vieron el nacimiento de la derecha «desacomplejada» —en palabras de los asesores de Sarkozy— que bordeaba las fronteras de la xenofobia de la ultraderecha y le arrebató temas clave: abordó «sin trabas de lo políticamente correcto» los problemas que, según sus líderes «estaban en la calle» como el control de la emigración, la presión de la presencia musulmana, los campamentos gitanos, la delincuencia de los migrantes, la violencia en los barrios...

Y frente a esta nueva reconstrucción mediática de la alteridad estaba «lo nuestro», que era la víctima atacada por estos fenómenos. El resultado fue la victoria en casi todos los casos pero también la presencia cada vez más importante de los representantes «auténticos» de este mensaje como había sucedido en Norteamérica provocando la crisis y la división de los conservadores. La elección por parte de Sarkozy de colocar en el centro de su segunda elección los temas y problemas que planteaba el lepenismo le llevaron a la derrota. La deriva se ha comprobado en el aumento de la ultraderecha de Marine Le Pen en Francia que ha provocado el caos en la derecha francesa.

Pero en otros países europeos el mismo juego está llevando a parecidos resultados: el movimiento antixenófobo inglés del «brexit» —la palabra mágica de los que desean sacar (*exit*) a Gran Bretaña

(*british*) de Europa, repetida continuamente por los tabloides— está superando por su derecha al partido conservador y la espita abierta a la xenofobia por la cancillera Ángela Merkel ha conseguido un aumento de los neonazis en las encuestas peligrosamente paralelo a la popularidad que de momento ella goza.

El coqueteo con las ideas de ultraderecha beneficia a estos partidos y sitúa a los conservadores en las cercanías de un universo que muchas veces se coloca fuera del parlamentarismo. Los atentados por motivos étnicos han aumentado progresivamente desde principios de siglo XXI y se han triplicado desde el comienzo de la crisis —sin contar el espectacular aumento en Grecia de estos crímenes animados directamente por la nueva ultraderecha.

Al mismo tiempo, en Europa, los partidos de ultraderecha han afinado el populismo de los exitosos Haider y Le Pen sin dejar los temas centrales: una conspiración semita, unos enemigos internos que corrompen la nación y un populismo antiélites cosmopolitas. Se ha cambiado el antisemitismo judío para centrarse en el antisemitismo árabe, mucho más rentable actualmente. Los enemigos internos que forman parte de esa conspiración son los migrantes y el populismo se lo facilitan los movimientos antiglobalizadores con el antieuropeísmo y la lucha contra el euro. Sin embargo y con mayor apoyo intelectual, su posición es hoy mucho más sofisticada y se mueve dentro de lo que se llama «racismo cultural». Se trata de un «diferencialismo» que admite las culturas en territorios separados pero que protege la nación de la mezcla. Su enemigo es la migración destructora de identidad y la elite política, apoyada por los «intelectuales» cosmopolitas que quiere imponer en la nación el multiculturalismo.

La ultraderecha xenófoba obtiene, con la excepción de España, una media del 15 por 100 del sufragio en el continente. Los nórdicos son los que más han trabajado en este sentido «cultural» —Partido Popular Sueco, Auténticos Finlandeses, Partido Popular danés y Partido de la Libertad en Holanda— a los que se

unen ahora los ascendentes partidos UKIP y BP inglés. En todos estos países una prensa sensacionalista anima los temas preferidos de estos ciudadanos «aterrorizados» —peligro de la criminalidad étnica, peligro de los barrios marginales, peligro musulmán, peligro de la invasión migratoria— con las estrellas de los dos tabloides británicos *Sun* y *Daily Mail* y el diario más leído de Europa, el alemán *Bild Zeitung*. Los votantes de los partidos antieuropeístas ingleses están convencidos de que la migración más importante es la que viene del continente, en realidad, casi inexistente (Goodwin, Ford, Robey y Duffy, 2009).

En la Europa del Este, la admisión rápida de los países excomunistas ha provocado disfunciones que se han reflejado en la aceptación de partidos y discursos claramente xenófobos. Los gobiernos de los países bálticos —Estonia, Letonia y Lituania— han practicado políticas de exclusión con respecto a las minorías rusas impidiéndoles el derecho al voto en ciertos casos. En los textos escolares, las fiestas nacionales y los monumentos han seguido una política revisionista, e incluso negacionista de la memoria histórica respecto a la colaboración de ciertos dirigentes del período de la Segunda Guerra Mundial con el nazismo y su participación en las masacres de judíos.

En cada país, esta reconstrucción de la memoria ha ido acompañada de restricciones para etnias no partícipes en el destino nacional. Si el caso más escandaloso ha sido el de los gitanos, otros grupos han sufrido formas más invisibles de discriminación finalizando las limpiezas étnicas que comenzaron con el final de los imperios centrales. En los nuevos países surgidos de la guerra balcánica de los años noventa, cada estado ha reconstruido la memoria histórica con una visión que sigue incitando en muchos casos al odio interétnico. La increíble decisión del tribunal penal internacional de la Haya, en noviembre 2012, de absolver por defectos de forma al croata Ante Gotovina y al albanó koso-var Ramush Haradinaj ha contribuido a reforzar las posiciones

de los nacionalistas en Serbia, Croacia y Kosovo, desacreditando a un tribunal al que se acusa de tener dos raseros a la hora de juzgar a los criminales de guerra de las guerras balcánicas. La recepción del exgeneral Gotovina en Zagreb como un héroe por el gobierno y una multitud entusiasmada, ha renovado todos los fantasmas de la pasada guerra.

Sin embargo, es Hungría el país donde su gobierno ha mantenido la deriva más fuerte hacia la defensa excluyente de «lo nuestro». La llegada del presidente actual Viktor Orban en 2010, después de la caída de los excomunistas y socialistas, se consiguió gracias a una campaña de recuperación de la Hungría eterna. El revanchismo contra todo lo que significó el régimen comunista se ha unido a un revisionismo total del pasado —rehabilitación del régimen del almirante Horthy, dictador de entreguerras— y una recuperación del antisemitismo más primario eliminando al premio Nobel húngaro Imre Kertész —judío y superviviente de la Shoah— de los libros escolares al mismo tiempo que este mes de septiembre, los nuevos libros incluyen a escritores como Jozif Nyiró —que murió exilado en la España franquista— y fue colaborador del gobierno que permitió la exterminación de los judíos húngaros. Nyiró, en un discurso en el parlamento, en 1942, llamó a acabar con «los que destruyen el alma húngara e infectan nuestro espíritu, miembros de esa tradición judía liberal que debe desaparecer de nuestras vidas».

El presidente Orban, que ha repatriado las cenizas del escritor, proyectaba el mes de mayo de 2012 realizar unas grandiosas obsequias en su pueblo natal, situado en la región ahora rumana de Transilvania, pero el gobierno rumano se opuso. El presidente del parlamento y el jefe del partido ultraderechista Jobbik asistieron de todas maneras provocando un incidente diplomático. En junio, Márton Gyöngyösi, diputado del partido *Jobbik*, tercera fuerza política con 44 diputados, pidió realizar listas de judíos que se encuentren en el gobierno, el parlamento o la administra-

ción «porque suponen un riesgo para la seguridad de Hungría». La pequeña comunidad judía que queda en Hungría después del exterminio ha protestado teniendo que soportar los ataques de los medios de comunicación y las agresiones a sus locales y comercios. La estatua del diplomático sueco Raul Wallenberg, que se distinguió por salvar a miles de judíos en la guerra, apareció envuelta de patas de cerdo ensangrentadas.

«LA FIESTA SE HA ACABADO» ADOPTA ASPECTOS XENÓFOBOS

La frase «la fiesta se ha acabado» es del economista Hayek y expresa una crítica a los planteamientos de Keynes sobre el gasto, indicando que tras la «fiesta» hay que pagar la deuda. La frase, sin embargo, venía ideal para explicar la crisis y renovar los tópicos nórdicos sobre el sur. La frase de Hayek relativa a los pagos de la fiesta —vivir por encima de sus posibilidades—, que tiene un contenido social, se transformaba en étnica al ser enarbolada por los países ricos del norte contra los mediterráneos. Fue aplicada a España con un ambiguo concepto taurino por el diario *Le Monde* y se aplica en el norte a los excesos festivos del sureño, al carácter mediterráneo.

El desliz de Ángela Merkel al hablar equivocadamente de las horas de trabajo españolas respecto del obrero alemán no era inocente. La imagen de España ha estado más presente en los tabloides alemanes y británicos que la griega o la italiana. La imagen española era más fácil de adoptar, ya que se encontraba mucho más conformada con el imaginario de las vacaciones veraniegas y la sangría, el turismo de «sol» de los alemanes e ingleses. Esos mismos tabloides son los que han relanzado su figura política y han hecho que la popularidad de Ángela Merkel haya aumentado en las encuestas por resistir las presiones de los países «pedigüeños» del sur.